

La "raza", ¿seña particular?

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Todavía prevalece entre nosotros la costumbre de anotar, en los documentos identificatorios, la "raza" como una seña particular del individuo. Así sucede, por ejemplo, en las libretas electorales que actualmente se expiden y renuevan en la oficina respectiva. Además de ser éste un residuo de cierto antiguo racismo, que califica por el color de la piel u otro rasgo antropológico meramente accidental, se trata de un método de individualización que se presta a toda clase de confusiones. Una persona con los ojos más o menos oblicuos, descendiente próxima o cercana de orientales, recibe el adjetivo racial de "amarilla", tan vago y tan falaz que realmente resulta, más que una distinción una hipótesis. Más complejo es el caso de la vasta gama de mestizaje criollo, donde la idea de raza se diluye en la serie amplísima de todas las mezclas epiteliales, posibles. No se explica uno como subsiste semejante rubro en los registros electorales, cuando basta y sobra para señalar la identidad del ciudadano la huella digital, la forma de su cara, su nariz, su cráneo: la estatura, etc. características en general invariables.

La idea de raza, desde Gobineau hasta el delirio nazi, pasando por aquel Chamberlain que desató la reciente locura aria, es probadamente mendaz. Constituye una falsa frontera entre hombres y hombres, por cuya exacerbación muchas vidas fueron injustamente segadas. La violencia suele nutrirse de segregaciones estúpidas, irracionales, anticristianas. Pero en nuestro país, en nuestro continente, históricamente abierto a la penetración universal, el concepto racial es algo más: es una negación de lo americano esencial. Todos aquí somos mestizos, es la verdad. El rubio de origen nórdico, el negro africano, el indio andino, el descendiente de asiáticos, aún cuando se conserven tal como en sus sedes originales, son mestizos, tanto porque rubio, negro, indio, asiático, etc., no son, de por sí, "pure sang", cuanto porque el hecho de ser peruanos ha modificado, cultural y físicamente, su condición primaria.

No sé si en el terreno de la zoología el "pure sang" es posible. Sé, en cambio, que la sangre no es vehículo de elementos raciales. Es solamente un elemento orgánico que cumple funciones que atañen a la respiración y otros procesos químicos de la naturaleza humana. Las transfusiones de sangre de caballo en hombres no deciden la aparición en los afectados ni en sus criaturas de crines y relinchos. Biológicamente la sangre nada tiene que hacer con la herencia. Es papel que cumplen los genes. Estos, además, no ejercen ninguna discriminación. Su trabajo es hacer un nuevo ser de dos seres diferentes, en proporciones sabias y, al parecer matemáticas. Si los hombres fueran diferentes por lo que se llama "raza", esos genes —como sucede en especies diferentes— se resistirían a la unidad.

Es increíble que después de más de un siglo de democracia —con muchos discursos acerca de la igualdad y la fraternidad, con muchos "Derechos del Hombre" y muchos documentos signados por representantes de los cuatro puntos cardinales del orbe, entre ellos los del Perú— la identidad por la "raza" continúe inscrita en nuestros documentos. Eso significa no solamente un escandaloso retraso con respecto a la historia, sino también con respecto a la biología y a la moral. Lo cual no dice muy bien de nuestro puesto en el mundo contemporáneo.